

Al alzar la vista

(De Diego a Elisa)

Queridísima Elisa,

Confieso que no voy a poder responder a tu última carta pues la he perdido. Algo sorprendente, porque hace tiempo que salgo tan poco de casa que conozco todos los rincones donde un objeto así podría esconderse. Así que, como no podía soportar más tiempo sin saber de ti, te escribo.

Desde que llegué aquí tengo dentro una tristeza que no se marcha. Al principio, todo transcurría con normalidad; esta casa es agradable, te gustaría, aunque cada vez más deprimente. La escuela, sin embargo, está impregnada en un ambiente angustioso. Los alumnos, pocos, se conocen desde hace tanto que ni se acuerdan y, aunque llegan a odiarse entre ellos, no hacen ni siquiera un ademán de interesarse por nosotros, los nuevos. Hay otra además de mí y no habla, tantas veces como he tratado de iniciar una conversación he sido rechazado por un monosílabo, un silencio y la señal de sus ojos de que el diálogo quedaba zanjado.

¡Ay, Elisa! Me siento terriblemente solo y nada me ayuda. Mucho menos esa lengua que aquí se habla, de la que no comprendo nada y por la que mis compañeros deben sentir tanto que el desprecio se les escapa de los ojos cuando les pido que me hablen en la mía. En fin, cada día se me figura más triste que el anterior y deseo más no haber venido, seguir con vosotros. Ojalá todo vaya bien por allí.

Con cariño, Diego.

(De Elisa a Diego)

Querido Diego,

Me preocupa leerte tal desasosiego. Primero, porque nada tiene que ver con el Diego que recuerdo. Que siempre nos hacía reír y, como imantados, nos atraía al lugar donde estaba. El que siempre tenía el comentario para alargar las despedidas, la saliva para no dejar morir nunca las historias y la genialidad para convencernos de lo más loco. Segundo, porque tú, en realidad, eras todo eso sin nosotros. Te recordamos mucho, pero la verdad es que solías estar ocupado. Veías montones de películas, siempre andabas dándole vueltas a alguna, comedias con las que reías a carcajadas y psicológicas que te absorbían durante días en los que casi no te veíamos. Seguro que tienes algún modo de recuperarlas, prueba a verlas, quizá te reconforte la risa o la reflexión te ayude a olvidar tus males.

¿Y qué hay de los libros? Si yo ahora, en los momentos de hastío, me puedo refugiar en los libros es solo porque lo aprendí de ti. Como de ti aprendí a viajar con ellos, a ser una más entre los diálogos, a hacer de sus reflexiones partes nuevas de mí. Además, siempre te quedará la música. Podrás recordar cuánto cantamos, nuestras desgarradas voces fundidas con la multitud del concierto. El calor, el

cansancio tras bailar sin medida, nuestras miradas brillantes, nuestras bocas sincronizadas. Todo eso te recordarán las canciones.

Ojalá así, recordando, tus males puedan verse reducidos, Elisa.

(De Diego a Elisa)

Querida Elisa,

¡No imaginas cuánto me anima saber de ti! Agradezco tus consejos y he tratado de ponerlos en práctica, pero esta espina no se marcha. Me hablas de películas y sí, es cierto que reí mucho con ellas — aquí las tengo y todavía al encontrarme sus carátulas se me escapa una sonrisa— pero solo la primera vez lo hice en soledad. Después, no las vi más que acompañado, buscando provocar en otros las reacciones que a mí una vez me generaron. De las comedias solo me interesa la risa a este lado del plasma. El llanto de los dramas me resulta inverosímil y me parece inútil llorarlo si no tengo con quien conjugar mis lágrimas. Las psicológicas, por otro lado, me resultan soporíferas, no imaginas qué aburrido es llegar a conclusiones que no tienes con quién compartir.

Luego, los libros, que no me acompañan pues nunca hablan de quien está solo y, si lo hacen, no acaban sin haber curado a sus protagonistas. En mi soledad, los libros solo hacen patente mi miseria. Y al fin, la música: te sorprendería saber lo que escucho, que nada tiene que ver con lo que puedas recordar. Aquí la gente vive a base de una música lenta y repetitiva que no invita a la fiesta ni al baile, sin más letra que unas cuantas frases tan absurdas como vacías. De lo que oíamos y disfrutábamos tanto no puedo saber, que os siento como a mi lado y me hundo aún más al comprobar vuestra ausencia. Me despido, así, sin más pretensión que hacerte saber cuánto bien me haces con esta correspondencia.

PD.: Da recuerdos a Alberto y Miguel, que los recuerdo sin saber si la última vez que los vi fue en sueños.

Te quiere, Diego.

(De Elisa a Diego)

Querido Diego,

También sobre nosotros pesa la pena, que nuestra herida es la del cuerpo al que se le arranca un miembro. Entiendo tu pena y las razones de tu desazón, pero no puedes dejar que te arrastre. No puede ser que la soledad te robe hasta lo que está dentro de ti, tu profundidad estrellada y sensible, tus devociones.

En lo que respecta a Miguel y Alberto, no creas que te olvidan, estás tan presente en sus recuerdos como en los míos, tanto que te has convertido en el sujeto de la mayoría de nuestras conversaciones. El otro día, vagando de madrugada, Alberto dijo una de esas frases que habrían sido tuyas: “estamos tristes, como las tristes farolas que ven marchar a los borrachos que las abrazaban”. Se hizo el silencio e incluso Alicia, que no te conoce, se unió a nosotros en un suspiro conjunto.

Creo que no te he hablado de ella, apareció en la ciudad hará unas tres semanas. Miguel se la cruzaba todas las mañanas y una noche, al encontrárnosla, nos acercamos a ella. ¡Es realmente fantástica! Te caería muy bien. Lo que me hace pensar que ella pasó por una situación similar a la tuya, incluso pensó que aquí no habría nadie con quien juntarse. Sin duda, también allí debe haber con quien congeniar, quizá no en clase, pero los habrá. Estoy segura de que sabrás encontrarlos.

Con todo mi cariño, Elisa.

(De Diego a Elisa)

Queridísima Elisa,

Me disculpo, en primer lugar, si mis últimas misivas te han resultado en exceso preocupantes, pues no me reconozco en ellas. He pensado mucho, a raíz de tus palabras, en mi situación aquí y en cuantas posibles soluciones podía darle. De pronto, una tarde en que una gran tormenta cubrió el cielo sin avisar, descargando toda su furia contenida, entramos a refugiarnos tres chicos al mismo bar. Empapados como estábamos, el dueño del establecimiento nos permitió adentrarnos a la cocina para entrar en calor y comenzamos a hablar.

Me contaron sus historias en esta ciudad y yo, hipnotizado, nos veía a ti, a mí o a Miguel subiendo a las azoteas para ver amanecer y recordando al doblar cada esquina las risas que compartimos. Después me tocó a mí, me atendieron sin una interrupción, como dándome a entender que, aunque fuera la primera vez que nos veíamos, ya conocían esa vida que les contaba. Nos citamos al día siguiente, incluyéndome como si nada en un grupo en que, avisados todos de mi presencia, se volcaron en mí.

¡Ay, Elisa! No imaginas qué feliz me hizo y qué feliz puedo ser aún con solo recordarlo. Uno de ellos hizo una divertida referencia a alguna película y por mi risa se me acercó. Yo le respondí con otra. En algún momento hice un comentario al aire en relación con alguna que me había costado mucho descifrar, a lo que otro me respondió cuál era su teoría. Sonó una canción, una de esas que solían ser nuestras favoritas y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, no me sentí solo. Al final de la tarde, cuando llegué a casa, la alegría se me desbordaba. Ya he vuelto a ser yo y, aunque triste a veces cuando os recuerdo, tengo aquí lo que tanta falta me hacía y puedo divertirme al fin. He reescrito muchas veces esta carta tratando de que sonara lo menos cursi posible, pero reconozco la posibilidad de no haberlo conseguido. Sin más que decir me despido, agradeciendo tu ayuda inconmensurable, tu cariño, tu paciencia.

Te quiere, Diego.

Lucas Mateo Galet- 1º Bachillerato E